El cabro y el lobo

Un macho cabrío de Pskov se propuso ir a Yaroslavl. «Voy a —piensa— a ver el Volga, y además de los yaroslavenses todos hablan bien». Así que el macho cabrío se decidió y se puso en camino. Anduvo y anduvo y salió a un camino real. Y el camino estaba embarrado: el agua se le quedaba en charcos. El macho cabrío se acercó a un charco, mira el agua como en un espejo, se ve a sí mismo y se jacta:
—¡Ay! —dice—, ¡qué guapo soy! ¡Y qué barba tengo! Ni un mercader de Moscú tiene una igual. ¡Y qué cuernos! ¡Si ahora mismo se me cruzara un lobo de Yaroslavl, se lo haría con los cuernos!
Y el lobo de Yaroslavl estaba ahí mismo: estaba tendido detrás de un terraplén y oyó la jactancia del macho cabrío. Salió y le preguntó:
—¿Qué decías, macho cabrío?
El lobo agarró al macho cabrío del pescuezo, y el otro se puso a adularlo y a tratarlo con títulos:
—Basta ya, ¡Nikita Kuzmich!
El lobo le aflojó un poco el agarre al macho cabrío, y el otro volvió a tratarlo con títulos.
—¡Señor cabo! ¡Nikita Kuzmich! ¡Cuántos militares he visto yo, y todavía no me había topado con uno así...
El lobo soltó del todo al macho cabrío, y el otro echó a correr a todo correr. Salieron salpicaduras para todos lados. El lobo se disponía a perseguirlo, pero pensó que no era propio de él correr carreras con un macho cabrío, —no en vano era Nikita Kuzmich, y además con el grado de cabo...
Así se escapó el macho cabrío. Llegó a una aldea y se metió en una huerta, cerca de las coles.